

Kate Chopin

La Bella Zoraida

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA BELLA ZORAIDA

KATE CHOPIN

**PUBLICADO: 1894
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

LA BELLA ZORAIDA

La noche de verano era calurosa y quieta; ni un soplo de brisa barría el marais. Allá enfrente, al otro lado del Bayou St. John, titilaban algunas luces en la oscuridad, y en el oscuro cielo de lo alto parpadeaban unas pocas estrellas. Un lugre que había salido del lago avanzaba con lento y perezoso movimiento bayou abajo. Un hombre en la barca entonaba una canción.

Las notas de la canción llegaban débilmente a los oídos de la vieja Manna Loulou, ella misma tan negra como la noche, que había salido a la galería a abrir los postigos de par en par.

Algo en el estribillo le recordó a la mujer un antiguo romance criollo, medio olvidado, y ella comenzó a cantar en voz baja para sí misma mientras abría los postigos:

Lisett' to kité la plaine, Mo perdi bonhair à moué; Ziés à moué semblé fontaine, Dépi mo pa miré toué.

Y luego esta vieja canción, lamento de amante por la pérdida de su amada, al aflorar en su memoria trajo consigo la historia que contaría a Madame, quien yacía en su suntuosa cama de caoba esperando que la abanicase y la adormeciese al son de uno de los cuentos de Manna Loulou. La vieja negra había bañado ya los bonitos pies blancos de su señora y los había besado con ternura, primero uno y luego el otro. Le había cepillado su hermoso cabello, tan suave y brillante como el raso y del color del anillo de boda de Madame. Ahora, al regresar a la habitación, se deslizó en silencio hacia la cama y, sentándose junto a ella, comenzó a abanicar suavemente a Madame Delisle.

Manna Loulou no siempre tenía un cuento a punto, pues Madame no quería oír sino los que fueran verdaderos. Pero aquella noche el relato estaba entero en la cabeza de Manna Loulou —la historia de la belle Zoraida— y se lo contó a su señora en el suave *patois* criollo, cuya música y encanto ninguna palabra en inglés puede transmitir.

La belle Zoraida tenía unos ojos tan oscuros, tan hermosos, que cualquier hombre que se internase demasiado en sus profundidades estaba condenado a perder la cabeza, y a veces incluso el corazón. Su piel suave y tersa era del color del *café au lait*.

En cuanto a sus modales distinguidos, su figura *svelte* y grácil, eran la envidia de la mitad de las damas que visitaban a su señora, Madame Delarivière.

—No es de extrañar que Zoraida fuera tan encantadora y delicada como la más refinada dama de la rue Royale: desde pequeña había sido criada al lado de su señora; sus dedos nunca habían hecho trabajo más rudo que coser una costura fina de muselina; y hasta tenía su propia pequeña criada negra que la atendía. Madame, que era su madrina además de su señora, solía decirle:

—Acuérdate, Zoraida, de que cuando llegue el momento de casarte, ha de ser de una manera que honre tu crianza. Será en la Catedral. Tu traje de novia, tu corbeille, todo será de lo mejor; yo misma me encargaré de eso. Ya sabes que M'sieur Ambroise está dispuesto en cuanto tú des la palabra; y su amo está tan dispuesto a hacer algo por él como yo lo estoy a hacerlo por ti. Es una unión que me agradará en todos los sentidos.

M'sieur Ambroise era entonces el criado personal del doctor Langlé. La belle Zoraida detestaba al pequeño mulato, con sus lustrosas patillas de hombre blanco y sus ojos pequeños, crueles y falsos como los de una serpiente. Ella bajaba sus propios ojos pícaros y decía:

—Ah, *nénaine*, soy tan feliz, estoy tan a gusto aquí a su lado tal como estoy. No quiero casarme ahora; quizá el año que viene, o el siguiente. Y Madame sonreía con indulgencia y le recordaba a Zoraida que los encantos de una mujer no duran eternamente.

—Pero la verdad del asunto era que Zoraida había visto bailar la Bamboula a le beau Mézor en la Plaza del Congo. Era un espectáculo capaz de

dejarte clavado en el suelo. Mézor era tan erguido como un ciprés y tenía un porte tan orgulloso como un rey. Su cuerpo, desnudo hasta la cintura, era como una columna de ébano y relucía como el aceite.

—El pobre corazón de Zoraida enfermó de amor en su pecho por le beau Mézor desde el momento en que vio el destello feroz de sus ojos, encendidos por los arrebatadores compases de la Bamboula, y contempló los majestuosos movimientos de su espléndido cuerpo meciéndose y estremecéndose en las figuras de la danza.

—Pero cuando lo trató más adelante, y él se acercó a hablar con ella, toda aquella fiereza había desaparecido de sus ojos, y ella solo vio bondad en ellos y solo oyó ternura en su voz; pues el amor también se había apoderado de él, y Zoraida estaba más perturbada que nunca. Cuando Mézor no bailaba la Bamboula en la Plaza del Congo, azadonaba la caña de azúcar, descalzo y semidesnudo, en la finca de su amo a las afueras de la ciudad. El doctor Langlé era su amo, al igual que lo era de M'sieur Ambroise.

—Un día en que Zoraida estaba de rodillas ante su señora poniéndole las medias de seda, que eran de las más finas, dijo: —Nénaine, usted me ha hablado muchas veces de casarme. Pues bien, por fin he elegido marido, pero no es M'sieur Ambroise; es le beau Mézor a quien quiero y a ningún otro. Y Zoraida se tapó el rostro con las manos después de decir aquello, pues imaginó, con toda razón, que su señora se pondría muy enfadada. Y en efecto, Madame Delarivière se quedó al principio sin habla de rabia. Cuando por fin habló, fue solo para balbucear, exasperada:

—¡Ese negro! ¡Ese negro! *Bon Dieu Seigneur*, ¡pero esto ya es demasiado!

—¿Acaso soy blanca, nénaine? —suplicó Zoraida.

—¿Tú blanca? *Malheureuse!* Mereces recibir el látigo como cualquier otra esclava; has demostrado no ser mejor que la peor de ellas.

—No soy blanca —insistió Zoraida, con respeto y suavidad—. El doctor Langlé me da a su esclavo para que me case con él, pero no me daría a su hijo. Pues bien, ya que no soy blanca, déjeme usted tomar de entre mi propia raza a aquel a quien ha elegido mi corazón.

—Sin embargo, ya puede usted creer que Madame no quiso oír nada de eso. Se le prohibió a Zoraida hablar con Mézor, y a Mézor se le advirtió que

no volviera a ver a Zoraida. Pero ya sabe usted cómo son los negros, Ma'zé-lle Titite —añadió Manna Loulou, sonriendo con cierta tristeza—. No hay señora ni señor, ni rey ni sacerdote que pueda impedirles amar cuando quieren. Y los dos encontraron sus maneras y sus medios.

—Cuando hubieron pasado meses, Zoraida, que se había vuelto distinta a sí misma —seria y preocupada—, dijo de nuevo a su señora:

—Nénaine, usted no me permitió tener a Mézor como marido; pero yo la he desobedecido, he pecado. Máteme usted si quiere, nénaine; perdóneme si puede; pero cuando oí decir a le beau Mézor *Zoraida, mo l'aime toi*, podría haberme muerto, pero no hubiera podido evitar amarlo.

—Esta vez Madame Delarivière estaba tan genuinamente afligida, tan herida al escuchar la confesión de Zoraida, que no quedaba lugar en su corazón para la ira. Solo supo proferir reproches confusos. Pero era una mujer de acción más que de palabras, y actuó con prontitud. Su primer paso fue convencer al doctor Langlé para que vendiera a Mézor. El doctor Langlé, que era viudo, llevaba tiempo queriendo casarse con Madame Delarivière, y de buena gana hubiera caminado a gatas al mediodía por la Place d'Armes si ella se lo hubiera pedido. Naturalmente no tardó nada en deshacerse de le beau Mézor, quien fue vendido y llevado a Georgia, o las Carolinas, o alguno de esos países remotos muy lejos de allí, donde ya no oiría hablar su lengua criolla, ni bailarían la Calinda, ni estrecharía entre sus brazos a la belle Zoraida.

—La pobre quedó con el corazón roto cuando alejaron a Mézor de su lado, pero encontró consuelo y esperanza en el pensamiento de su bebé, a quien pronto podría estrechar contra su pecho.

—Las penas de la belle Zoraida comenzaron entonces en serio. No solo penas sino sufrimientos, y con la angustia de la maternidad llegó la sombra de la muerte. Pero no hay agonía que una madre no olvide cuando estrecha contra su corazón a su primogénito y posa sus labios sobre la carne de la criatura que es suya, y sin embargo mucho más preciosa que ella misma.

—Así que, instintivamente, cuando Zoraida salió de aquella terrible sombra, miró a su alrededor con ansia interrogante y palpó con sus manos temblorosas a uno y otro lado. «*Où li, mo piti a moin?* ¿dónde está mi pequeña?», preguntó con voz implorante. Madame, que estaba allí, y la co-

madrona, que también estaba, le dijeron por turno: «*To piti à toi, li mouri*» («Tu pequeña ha muerto»), que era una mentira malvada que debió de hacer llorar a los ángeles en el cielo. Pues la criatura vivía y estaba bien y era fuerte. La habían retirado enseguida del lado de su madre para enviarla a la plantación de Madame, muy arriba por la costa. Zoraida solo pudo gemir en respuesta: «*Li mouri, li mouri*», y volvió el rostro hacia la pared.

— Madame había esperado, privando así a Zoraida de su hija, volver a tener a su joven doncella a su lado, libre, feliz y hermosa como antes. Pero había una voluntad más poderosa que la de Madame obrando en el mundo — la voluntad del buen Dios, que ya había dispuesto que Zoraida llorase con un dolor que jamás volvería a levantarse en este mundo. La belle Zoraida había dejado de existir. En su lugar había una mujer de ojos tristes que lloraba de noche y de día a su bebé. «*Li mouri, li mouri*», suspiraba una y otra vez a quienes la rodeaban, y a sí misma cuando los demás se cansaban de su lamento.

— Y sin embargo, a pesar de todo, M'sieur Ambroise seguía teniendo intención de casarse con ella. Una esposa triste o alegre le daba igual con tal de que esa esposa fuera Zoraida. Y ella parecía consentir, o más bien resignarse, al matrimonio que se avecinaba como si ya nada importara en este mundo.

— Un día, una criada negra entró con cierto ruido en la habitación en que Zoraida estaba sentada cosiendo. Con una expresión de extraña y vacua felicidad en el rostro, Zoraida se levantó aprisa. — Chitón, chitón — susurró, levantando el dedo en señal de advertencia —, mi pequeña está dormida; no la despiertes.

— Sobre la cama había un hatillo de trapos sin sentido con forma de criatura en pañales. Sobre esta figura la mujer había corrido el mosquitero, y ella estaba sentada plácidamente junto a ella. En suma, desde aquel día Zoraida estaba demente. Ni de noche ni de día perdía de vista la muñeca que yacía en su cama o en sus brazos.

— Y ahora Madame estaba consumida por la pena y el remordimiento al ver aquella terrible aflicción que había caído sobre su querida Zoraida. Consultando con el doctor Langlé, decidieron devolver a la madre la criatura de carne y hueso que en aquellos momentos daba sus primeros pasitos y pateaba con los talones en el polvo allá en la plantación.

—Fue la propia Madame quien condujo a la pequeña y bonita niña *griffe* a los brazos de su madre. Zoraida estaba sentada en un banco de piedra en el patio, escuchando el suave murmullo de la fuente y observando las inquietas sombras de las hojas de palmera sobre el amplio enlosado blanco.

—Aquí tienes —dijo Madame acercándose—, aquí tienes, mi pobre y querida Zoraida, a tu propia hija. Quédatela; es tuya. Nadie te la quitará jamás.

—Zoraida miró a su señora y a la niña que tenía delante con hosca desconfianza. Extendiendo una mano, apartó a la pequeña con recelo. Con la otra mano apretó el hatillo de trapos ferozmente contra su pecho, pues sospechaba un ardid para quitárselo.

—Ni pudo ser persuadida nunca para que dejara que su propia hija se le acercara; y al final la pequeña fue enviada de vuelta a la plantación, donde nunca llegaría a conocer el amor de madre ni de padre.

—Y este es el final de la historia de Zoraida. Nunca más fue conocida como la belle Zoraida, sino siempre como Zoraida la folle, a quien nadie quiso desposar —ni siquiera M'sieur Ambroise. Vivió hasta hacerse una anciana, de quien unos se compadecían y otros se reían —apretando siempre su hatillo de trapos, su *piti*.

—¿Está dormida, Ma'zélle Titite?

—No, no estoy dormida; estaba pensando. ¡Ay, la pobrecita, Man Loulou, la pobrecita! ¡Mejor hubiera muerto!

Pero así es como Madame Delisle y Manna Loulou hablaban realmente entre sí:

—*Vou pré droumi, Ma'zélle Titite?*

—*Non, pa pré droumi; mo yapré zongler. Ah, la pauv' piti, Man Loulou. La pauv' piti! Mieux li mouri!*

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB